

CONVIÉRTETE Y CREE EN EL EVANGELIO

INTRODUCCIÓN

1.- CONVIÉRTETE...

Introducción

- 1.1.- ¿Qué es la conversión?
- 1.2.- ¿Cuál es el objetivo o meta de la conversión?
- 1.3.- ¿Por qué me tengo que convertir?
- 1.4.- ¿Cuál es el motor de la conversión?
- 1.5.- ¿Por dónde empezar?

2.- CREO EN EL EVANGELIO DE JESÚS

- 2.1.- El Evangelio: Jesucristo, Dios en la tierra
- 2.2.- El evangelio y yo
- 2.3.- El evangelio, el mundo y la iglesia apostólica

3.- VIVO SEGÚN LA PALABRA - VIVO LA PALABRA

- 3.1.- Coherencia de vida

4.- YO TAMBIÉN PUEDO

- 4.1.- La sabiduría de un pobre (San Francisco de Asís)

CONVIÉRTETE Y CREE EN EL EVANGELIO

Introducción

Vivimos en un mundo dividido entre el bien y el mal.

Este mundo nos absorbe con sus sentimientos, pensamientos, leyes, inquietudes, afanes, etc....

El Movimiento nos invita este año a mirarnos. Sí, mirar nuestro interior. Reconocernos a nosotros mismos. Lo que somos, lo que queremos, nuestros principios, valores, hacia donde nos dirigimos...

A preguntarnos sobre nuestra necesidad de Dios. Mi fidelidad al Sí que un día di libremente al Señor. Preguntarnos por nuestra Identidad Cristiana.

Ahondar en el Evangelio, interpelarnos y dar una respuesta.

Si quiero ser cristiano, ser de Cristo, ser discípulo de Jesús, necesito estar junto a Él, unido a Él, conocerlo a Él; y solo es posible a través de la oración, los sacramentos y el encuentro con los hermanos.

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí y yo en él, da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no está unido a mí se lo echa fuera, como a los sarmientos, que se los amontona, se secan y se los prende fuego para que se quemen..."
(Jn 15, 1-8)

Pero ¿qué es lo que me pide el Señor?

Vivir según el Evangelio

Pero ¿cómo?

A su manera

Quizás estos textos nos puedan ayudar:

El joven rico: Mateo 19, 16-22

Si bien esta persona tenía el mérito de buscar la vida eterna, de ser un cumplidor de los mandamientos, quizás le faltó concretar ese amor y esa búsqueda de Dios. Porque vivir en plenitud la fe en Jesucristo es querer y saber decir "Sí". La generosidad, la esperanza y sobre todo el amor nos mueven a ello.

La coherencia cristiana nos obligará a dejar las cosas superfluas, costumbres o situaciones humanamente más cómodas por elegir bienes mayores.

Mateo 19, 21

Jesús le dijo: "Si quieres ser perfecto, vende todo lo que posees y reparte el dinero entre los pobres, para que tengas un tesoro en el Cielo. Después ven y sígueme."

Ven y sígueme = disponibilidad, entrega, generosidad, abandono, etc. Es igual a TODO...TODO
Tú, tu persona, tú SER.

Jn 12, 24

En verdad les digo: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto.

El Señor me pide todo mi ser....me esta pidiendo un morir a mi mismo y a un resucitar a un Ser Nuevo.

Jn 3, 1-21 HOMBRE NUEVO

Por tanto, ese hombre nuevo no puede aliarse con lo Viejo, al igual que la luz no puede aliarse con la oscuridad

Efesios 5, 8-10

En otro tiempo ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Pórtense como hijos de la luz, con bondad, con justicia y según la verdad, pues éstos son los frutos de la luz. Busquen lo que agrada al Señor.

Y como hijos de la luz, vivamos según el Espíritu de Dios:

Gálatas 5, 13-26

Dios no se quedó impasible ante la realidad del mundo.... Dios no nos pide nada imposible...y Él mismo nos da el ejemplo: se hace carne para darnos la salvación (Jn 1,14); aún más, todo lo hace para darnos ejemplo y para que después lo hagamos nosotros con el mismo espíritu con que Él lo hizo (Jn 13, 2-17)

¿Y yo?, ¿y Tú?

¿Seguimos anquilosados en nosotros mismos o por el contrario caldeamos nuestra vida a la luz del Evangelio?

1.- CONVIÉRTETE...

Introducción

Éste es el primer mensaje que lanza Cristo en su vida pública al mundo. Desde entonces el “¡convertíos!” es como un eco, una llamada que se repite constantemente a lo largo del tiempo. No es un imperativo, sino una invitación, un deseo amistoso de Dios, insistente, pero respetuoso: “Si quieres, el que quiera, quien quisiere...”

Esta llamada, la Iglesia lo hace sonar como una campana, que nos convoca a todos, en la liturgia de cada año, al iniciar la Cuaresma, y en otras muchas ocasiones.

La conversión, esta realidad de la que todo depende en nuestra vida, es una actitud vital profunda, la más profunda, que el ser humano ha de vivir permanentemente, puesto que en vivir, de cara (vuelto=conversión), o de espaldas a Dios, le va su plena realización o su degradación como persona.

Nosotros, que llevamos mucho tiempo metido en las cosas de Dios, podemos malacostumbrarnos a todo lo que tiene que ver con Él: oración, sacramentos, apostolado, disponibilidad, comunidad, etc. El mayor peligro de mi vida espiritual es conformarme con la situación en la que estoy, la de contentarme con la respuesta que le estoy dando al Señor, creyéndome que lo estoy haciendo muy bien. Me estaría engañando a mí mismo y sería una postura farisaica por mi parte. Y todos sabemos qué es lo que piensa Cristo de esa actitud.

Nunca correspondo al amor de Jesús tal y como Él me ama. ¡Por eso me tengo que poner las pilas! Porque amor con amor se paga. ¡No puedo quedarme tranquilo!

De ahí la importancia de estar atentos a mi conversión personal para no dejar nunca de caminar, de buscar a Dios. Él siempre es más de lo que he descubierto o experimentado. El Evangelio siempre pide más. Lo veremos más adelante.

“Solamente a través de la conversión se llega a ser cristianos.” (Joseph Ratzinger)

El éxito o fracaso de mi vida depende del grado de mi conversión. Por lo tanto pasemos a ver qué es eso de la conversión y por qué tiene tanta repercusión en mi vida y, desde ahí, sobre los que convivo día a día: mi familia, mis amistades, mis compañeros de trabajo, comunidad, centro, movimiento, Iglesia, barrio,...

1.1.- ¿Qué es la conversión?

No son unos cuantos cambios, una operación de maquillaje o estética. No es tomar una serie de decisiones. No es eso. Es algo distinto.

Es una forma nueva de vivir, de ver las cosas, de entender las relaciones, la vida. Es ser una persona nueva, es ser Cristo, otro Cristo. Fijaros de lo que estamos hablando. De ahí la palabra conversión: me convierto en otra persona, me convierto en Cristo.

En definitiva, es hacer más las palabras de S. Pablo: “Para mí, el vivir es Cristo” (Flp 1, 21) “Vivo yo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí.” (Gál 2, 20)

Realmente, ¿Quiero cambiar de vida? ¿Estoy dispuesto a perder mi vida para ganar la de Cristo?

¿Por qué? Mientras no me aclare con esto, el tema me va a sonar a chino.

Debo sentir una atracción muy fuerte por Cristo para querer cambiar de vida, para querer parecerme a Él, para vivir con Él y como Él. ¿Siento esa atracción?

Si lo tengo claro y quiero emprender esta aventura, vamos a ver con la ayuda de la Palabra de Dios, qué eso de la conversión.

1.- Para ser una nueva persona hace falta, como es lógico, nacer de nuevo. Jesús lo deja claro en esa impresionante conversación que mantiene con Nicodemo, y desde él, con todos nosotros.

La conversión es un nacer de nuevo. Ese nuevo nacimiento no procede del hombre o de la mujer, es decir, no es algo que se consigue sólo con nuestro esfuerzo. Al revés, la conversión supera nuestras fuerzas. Ese nuevo nacimiento viene de Dios. Es un regalo, un don suyo. La conversión es una gracia preparada por iniciativa de Dios que sale en busca de la oveja perdida (cf. Lc 15, 4; 15, 8). Esa oveja perdida soy yo.

¿Me siento perdido? (cf. 1 Pe 1, 18-19)

Por eso el primer paso para convertirse en una persona nueva es pedirlo, buscarlo, esperarlo, desearlo, propiciarlo. Es querer nacer de nuevo.

2.- Al tener que pedirlo, buscarlo, esperarlo, desearlo, propiciarlo, etc, la conversión, antes que ninguna otra cosa, es esencialmente una relación personal con Dios. Una imagen que puede venirnos bien aquí es el enamoramiento. La conversión es como estar enamorados. Los que tienen o han tenido esta experiencia, saben que hay algo especial, que se vive de otra manera, que todo se ve diferente. Parece que para el enamorado todo es igual: tiene que ir a trabajar, pagar una hipoteca, etc, etc... Pero es distinto. ¿A qué si? “Se sabe cuál es el efecto del enamoramiento: todas las cosas y todas las demás personas se retiran, se sitúan como en el trasfondo. Hay una presencia que llena todo y hace «secundario» a todo el resto. No aísla de los demás, sino que incluso hace aún más atentos y disponibles hacia los otros, pero indirectamente, por redundancia de amor.” (Raniero Cantalamessa)

Pues igual pasa con Dios y con vivir vueltos a Él. A lo largo de toda la Escritura se puede ver cómo Dios busca seducirnos, que respondamos a su Amor con nuestro amor. En la Biblia está claro: Dios busca enamorarnos. Tanto es así, que la Palabra de Dios se puede entender como la carta de amor de Dios a nosotros.

Pero, ¿cómo enamorarnos de Dios si nunca lo hemos visto? Aquí Jesús juega un papel clave, ya que, Él es la imagen del Dios invisible (cf. Col 1,15)

Nos enamoramos de Dios, pero no de cualquier dios, sino del Dios manifestado en Jesús.

¿Cómo anda mi relación personal con Dios? ¿La cuido? ¿Cómo?

3.- La conversión es la “muerte” del hombre/mujer viejo/a para la resurrección del hombre/mujer nuevo/a. Esto es lo que nos proporciona nuestro bautismo. La muerte de mi “yo”, de mi egoísmo es la resurrección de Cristo en mí.

“Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado.” (Heb 12, 4)

¿Hasta dónde estoy dispuesto en mi lucha contra el pecado?

¿Soy consciente de que el problema número uno de mi vida es mi pecado?

4.- La conversión es una transformación de la mente (cf. Rom 12, 2) “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos los vuestros.” (Is 55, 8)

Realmente, ¿quiero cambiar mi forma de pensar por la de Dios, por la de Cristo? ¿Me interesa el camino de Jesús o seguir por donde voy?

5.- La conversión es cambio de conducta: “Anímate, pues, y cambia de conducta.” (Ap. 3, 19)

¿Veo necesario que tengo que cambiar de conducta, y volverme más generoso, más servicial, más caritativo? ¿O seguir como estoy? ¿Cuál sería el primer aspecto que debería cambiar?

6.- Cambio de “señor”: “No se puede servir a dos señores.” (Mt 6,24) “Para que les abra los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios.” (Hch. 26, 18) Algo que constantemente tenemos que revisarnos.

¿Cuántas veces llamo a Cristo “Señor” y después no le hago caso? “No todo el que diga Señor, Señor,...” (Mt 7, 21-23)

¿Cómo anda mi obediencia al Evangelio?

¿Quiero hacer del amor la norma de mi vida? (cf. Ef 5, 2)

En definitiva: *“¿Qué es en realidad convertirse? Convertirse quiere decir buscar a Dios, caminar con Dios, seguir dócilmente las enseñanzas de su Hijo, de Jesucristo. Acompañarle, caminar tras sus pasos. Convertirse no es un esfuerzo para autorrealizarse, porque el ser humano no es el arquitecto de su propio destino eterno. Es Dios el que nos convierte.*

La conversión consiste esencialmente en esta decisión: el hombre renuncia a ser su propio creador, deja de buscarse únicamente a sí mismo y de centrarse en su autorrealización, y acepta depender del verdadero Creador, del amor creativo... Esta opción es, al mismo tiempo, un decidirse por la verdad. Siendo como somos criaturas, no está en nuestras manos nuestro ser, no podemos realizarnos por nosotros mismos; sólo si ‘perdemos’ la vida podemos ganarla.” (Benedicto XVI)

1.2.- ¿Cuál es el objetivo o meta de la conversión?

“Amaros como yo os he amado” (Jn 13, 34). Ese “como Yo” es la meta, el objetivo, el listón, nuestro referente, nuestro modelo...

Ese “como Yo” se traduce en una vida de entrega. Por eso el objetivo de la conversión es querer vivir con Cristo y como Él.

La conversión es querer convertirnos en Otro, es decir, convertirnos en Jesús, en otro Jesús, hasta poder llegar a decir: “Vivo yo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí.” (Gál 2, 20) Este es el objetivo de la conversión: recuperar (lo que pierdo por el pecado) ser imagen y semejanza de Dios.

Realmente ¿quiero ser otra persona o seguir siendo el que soy? ¿Quiero parecerme a Jesús de Nazaret? Para ello hay que estar muy enamorados de Cristo. Lo hemos dicho antes.

Y ¿qué es aquello que me hace semejante a Dios? Amar como Cristo ama. Sólo esto. No hay más.

Esta es la meta. Esa es la recompensa de la conversión: Dios, participar de Él, de su vida, es decir, amar “como Él nos ama.”

¿Me interesa esta recompensa o me es insuficiente? Si no me basta con Dios, ¿qué otra cosa podrá llenarme?

¿Estoy interesado en esto? ¿Es esto lo que quiero y lo que busco con todas mis fuerzas?

Si no me aclaro con esto, que son las opciones fundamentales de mi vida, la conversión (y todos los temas que toquemos) es un pegote más, es marear la perdiz. Estamos perdiendo el tiempo y encima nos engañamos a nosotros mismos y a los demás.

¡Ay, si nosotros los cristianos, descubriéramos lo cerca que está de nosotros, al alcance de la mano, la felicidad y la paz que tanto buscamos en este mundo (y que no nos lo puede dar). Y sin embargo, la tenemos tan cerca!

"¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?" (Lc 24, 5)

"Cuántas veces nosotros buscamos la vida entre las cosas muertas, entre las cosas que no pueden dar vida, entre las cosas que hoy están y mañana no estarán más. Las cosas que pasan. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?

Necesitamos escucharlo cuando nos cerramos en cualquier forma de egoísmo o de autocomplacencia; cuando nos dejamos seducir por los poderes terrenos y por las cosas de este mundo, olvidando a Dios y al prójimo; cuando ponemos nuestras esperanzas en las vanidades mundanas, en el dinero, en el éxito. Entonces la Palabra de Dios nos dice: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?" ¿Por qué estás buscando allí? Aquello no te puede dar vida, sí, quizás te dé una alegría de un minuto, de un día, de una semana, de un mes, ¿y luego? ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Esta frase debe entrar en el corazón y debemos repetirla...

Y hoy, cuando volvamos a casa digámoslo en el corazón, el silencio, pero que nos venga esta pregunta: ¿Por qué yo en la vida busco entre los muertos al que está vivo? Nos hará bien hacerlo. Si escuchamos, podemos abrirnos a Aquel que da la vida, Aquel que puede dar la verdadera esperanza. Hoy (Jesús) nos dirige también a nosotros este interrogante. Tú, ¿por qué buscas entre los muertos a aquel que está vivo, tú que te cierras en ti mismo después de una derrota y tú que no tienes más fuerza para rezar? ¿Por qué buscas entre los muertos al que está vivo, tú que te sientes solo, abandonado por los amigos y quizás también por Dios? ¿Por qué buscas entre los muertos al que está vivo, tú que has perdido la esperanza y tú que te sientes prisionero de tus pecados? ¿Por qué buscas entre los muertos al que está vivo, tú que aspiras a la belleza, a la perfección espiritual, a la justicia, a la paz?

¡Tenemos necesidad de escuchar de nuevo y de recordarnos mutuamente la advertencia del ángel! Esta advertencia, "¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?", nos ayuda a salir de nuestros espacios de tristeza y nos abre a los horizontes de la alegría y de la esperanza. Aquella esperanza que remueve las piedras de los sepulcros y anima a anunciar la Buena Nueva, capaz de generar vida nueva para los otros."

(Papa Francisco; Audiencia general, 23-04-2014)

PARA LA ORACIÓN PERSONAL O COMUNITARIA

CANCIÓN: Cómo alabar a mi Señor (Grupo: Brotes de Olivo. Disco: Jerusalén.)

**Alabaré a mi Señor siendo como él,
siendo rastro de su amor y signo de su fe.
Al Señor alabaré dando la esperanza
al que la perdió, al que nunca la vio ¡así lo alabaré!**

Alabaré, siendo luz que orienta,
alabaré, siendo sal en la tierra,
alabaré, fermentando la masa,
que dé imagen de amor,
quiere Dios que sea yo,
¡así lo alabaré!

Alabaré, siendo paz en la guerra,
alabaré, si no cierro mi puerta,
alabaré, siendo canto y poesía,
del caído, bastón,
del soberbio, candor,
¡así lo alabaré!

Alabaré, cuando alivie las cargas,
alabaré, si al sediento doy agua,
alabaré, cuando de otros sea pan,
si me dejo comer, si me dejo beber
¡así lo alabaré!

1.3.- ¿Por qué me tengo que convertir?

Jesús es claro: “Si no os convertís, todos pereceréis...” (Lc 13,5)

“El llamamiento que el Señor nos dirige por medio del profeta Joel es fuerte y claro: "Volved a mí con todo el corazón" (Jl 2, 12).

¿Por qué debemos volver a Dios? ¿Porque algo no va bien en nosotros, no va bien en la sociedad, en la Iglesia y necesitamos cambiar, dar un cambio, y esto se llama tener necesidad de convertirnos! Una vez más la Cuaresma viene a dirigir su llamada profética, para recordarnos que es posible realizar algo nuevo en nosotros mismos y en torno a nosotros, sencillamente porque Dios es fiel, Él es siempre fiel porque no puede renegar de sí mismo, y porque es fiel continúa a ser rico en bondad y misericordia, y está siempre preparado para perdonar y comenzar de nuevo. ¡Con esta confianza filial, pongámonos en camino!” (Papa Francisco; Homilía miércoles de ceniza, 05-03-2014)

“Todos nosotros necesitamos mejorar, cambiar a mejor.” (Papa Francisco; Audiencia general, 05-03-2014)

¿Qué es eso que falla en mí? ¿Qué tengo que cambiar, que mejorar? La respuesta es sencilla pero con una implicaciones enormes: pues que no amo tal y como ama Cristo. No cumplo con el objetivo de mi vida y que coincide con el de la conversión.

“Rasguen los corazones para poder amar con el amor con que somos amados, consolar con el consuelo que somos consolados y compartir lo que hemos recibido.” (Jorge Mario Bergoglio)

Nunca se ama suficiente. “El amor nunca se da por ‘concluido’ y completado.” (Benedicto XVI; Deus caritas est, 17) Siempre se puede amar más y mejor. De hecho, ésta es la característica de que es amor verdadero y no sentimentalismo.

El norte de nuestra brújula es, como dijimos en el punto anterior, “amaros como yo os he amado”.

¿Qué respuesta dar a ese “como Yo os he amado”?

Amor con amor se paga. Y tiene que ser un amor que tienda a semejarse al Amor de Dios, es decir, que sea un amor verdadero, “hasta el extremo” (Jn 13, 1), que “da la vida” (Jn 15, 13), sin medida, ya que, “la medida del amor es amar sin medida” (s. Agustín), exactamente igual a como nos ama el Señor.

Por lo tanto, no se puede corresponder al amor del Señor con un amor “normalito”, “corriente”, “del montón”. ¿Qué sentido tiene un amor mediocre? El amor tiene que ser exagerado, loco, tal y como el Señor hace con nosotros, o no es amor.

¿Qué puedo hacer para amar como el Señor, de forma exagerada?

“Obras son amores”, eso está claro. Pero para que las obras sean fruto del amor tienen que comenzar en el interior de uno mismo no por el exterior. Es en mi corazón donde se comienza a amar. Y esto empieza en forma de agradecimiento.

Agradecer, de forma exagerada, hasta el extremo, el ser su hijo, ser templo del Espíritu Santo, tener fe, la eucaristía, su presencia en el Sagrario, pertenecer a la Iglesia, etc... De ahí lo importante de la oración.

Y después, esa sobreabundancia de amor y de agradecimiento tiene que desbordarme y llegar a los demás. En esto del agradecimiento S. Francisco de Asís es un buen ejemplo (Cántico de las criaturas).

Hacia todo esto apunta la conversión.

“El amor es un progreso eterno.” (San Agustín) Por eso existe el cielo. Y eso es lo que haremos en el cielo.

“El amor y la bondad son como Dios. No tienen fin. Nunca dejas de amar y hacer el bien, porque amar y hacer el bien es asemejarse a Dios.” (Cardenal Robert Sarah)

“No tiene fin la búsqueda, porque no tiene fin el amor.” (San Agustín)

Esta dinámica propia del amor, y que es eterna, la podemos comenzar a vivir ¡ya! “Aquí en la tierra como en el cielo” lo podemos vivir aquí y ahora (con ciertas limitaciones). Para que eso sea así hay que avanzar en el amor.

¿Cómo se va progresando en el amor? “El amor crece a través del amor.” (Benedicto XVI; Deus caritas est, 18) Por eso Dios nos hace el regalo que está por encima de todo: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el envío del Espíritu Santo.” (Rom 5, 5)

El Espíritu Santo se convierte en el auténtico motor de la vida del cristiano, porque “el amor procede de Dios” (1 Jn 4, 7).

“El amor y la vida según el Evangelio no pueden proponerse ante todo bajo la categoría de precepto, porque lo que exigen supera las fuerzas del hombre. Sólo son posibles como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de la gracia: ‘Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo’ (Jn 1,17).” (S. Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 23b)

“Imitar y revivir el amor de Cristo no es posible para el hombre con sus solas fuerzas. Se hace capaz de este amor sólo gracias a un don recibido.” (S. Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 22c)

“El hombre cristiano,... recibe *las primicias del Espíritu* (Rom 8,23), las cuales le capacitan para cumplir la ley nueva del amor.” (Con. Vaticano II; Gaudium et spes, 22)

Amar como Cristo nos ama, tal y como pide en el nuevo mandamiento (Jn 13,34-35), “centro de la religión cristiana,... es un amor mucho más elevado, que no se puede alcanzar con las fuerzas humanas. Rebasa todo cálculo razonable. Es de Dios y viene de Dios. Nos lo da, con su gracia, el Espíritu Santo que lo infunde en el corazón de los hombres. La caridad no es un sentimiento de altruismo, sino un verdadero impulso que viene de Dios.” (Juan Luis Lorda)

No aprendemos este tipo de amor solos o en la escuela. El tipo de amor del que habla Jesús es un don de Dios; más aún, es Dios mismo que viene a habitar en nuestro corazón.

“Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.” (Rom 5,5)

“El Espíritu Santo es el que nos enseña a amar.” (Papa Francisco; Homilía diaria capilla Sta. Marta, 22-05-2014)

En definitiva: “Para poder ser también nosotros personas que aman, necesitamos el regalo del amor salvador de Dios mismo. Necesitamos siempre a Dios, que se convierte en nuestro prójimo, para que nosotros podamos a su vez ser prójimos.” (Jesús de Nazaret; Benedicto XVI; pág: 242)

Todo esto me tiene que servir para tomar conciencia de la absoluta dependencia que tengo de Dios. El “sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5), se convierte en una experiencia vital.

El problema está cuando no lo es, cuando me conformo como estoy, creyéndome que hago “suficiente”. Y a lo mejor es verdad, que hago lo suficiente, pero la actitud de conformismo me pierde. ¿Por qué? Porque me estoy engañando a mí mismo. No vivo en la verdad. Así no se puede ser libre (cf. Jn 8, 32). Repetimos: nunca se ama suficiente. “La fe nos introduce en un estado en el que la inquietud de Dios se apodera de nosotros y nos convierte en peregrinos que están interiormente en camino hacia el verdadero rey del mundo y su promesa de justicia, verdad y amor.” (Benedicto XVI; Homilía Epifanía del Señor, 06-01-2013)

Amar es un éxodo, es un camino, es un proceso. Por eso, “quien no avanza, retrocede.” (Santa Teresa de Jesús)

“Si dices ‘basta’, ya has muerto” (S. Agustín) “El infierno es no poder amar más.” (Karol Wojtyla/S. Juan Pablo II)

“No tiene fin la búsqueda, porque no tiene fin el amor.” (San Agustín)

“Vivir es cambiar y ser perfecto es haber cambiado muchas veces.” (John Henry Newman)

Dios me quiere con locura. De ahí la necesidad de la conversión permanente. La conversión nunca se termina, pues está conformada por la continua lucha contra los propios pecados: la pereza, la autocomplacencia, la búsqueda del poder, el conformismo, la agresividad, o la prepotencia...

Estamos llamados a tener “los mismos sentimientos de Cristo” (Flp 2, 5). Y eso significa pensar como Él; querer bien como Él; ver como Él; caminar como Él. En definitiva, convertirme (“conviértete”) en “otro Cristo”.

Y esto requiere cambio, porque no está ocurriendo en mí. Dios es pura sorpresa. La vida de Dios, la vida “nueva” que nos presenta el evangelio es tan novedosa, tan diferente a la nuestra, tan verdaderamente nueva que, o cambiamos, o no saldremos de nuestra situación. No alcanzaremos esa novedad, la vida definitiva, la que nos trae Jesucristo.

“El Señor es la novedad absoluta.” (Benedicto XVI; Ángelus II domingo de Adviento, 7-12-2008)

El Evangelio es diferente al modo de actuar del mundo; y siempre lo será, ¡menos mal!
¿O prefiero que no fuera diferente?

“El Evangelio es novedad. La Revelación es novedad. Nuestro Dios es un Dios que siempre hace las cosas nuevas y nos pide esta docilidad a su novedad. En el Evangelio Jesús es claro en esto, es muy claro: vino nuevo en odres nuevos. El vino lo lleva Dios, pero debe ser recibido con esta apertura a la novedad. Y esto se llama docilidad. Nosotros podemos preguntarnos: ¿yo soy una persona dócil a la Palabra de Dios? ¿Hago pasar la Palabra de Dios por un alambique y al final es otra cosa respecto a lo que Dios quiere hacer”. Si hago esto termino como el trozo de tela nuevo en un vestido viejo, y deja el roto peor.” (Papa Francisco; Homilía diaria capilla Sta. Marta, 20-01-2014)

¿Quiero experimentar esa novedad del Evangelio? ¿Quiero vivir la vida nueva que me regala Cristo por medio del Espíritu Santo?

Pues aquí tengo tarea para toda la vida:

1.- Cuenta más con el Espíritu Santo.

Esta vida nueva es un regalo de Dios. “Esta renovación la hace el Espíritu Santo. Ser cristiano al final no significa hacer cosas sino dejarse renovar por el Espíritu Santo, o usando las palabras de Jesús, volverse vino nuevo...” (Papa Francisco; Homilía capilla Santa Marta; 06-07-2013).

“Te invadirá el Espíritu del Señor, te convertirás en otro hombre” (1 Sam 10, 6), en una persona nueva.

¿Cómo me va transformando el Espíritu Santo? “Transformando nuestro ser desde el interior a través del amor.” (Marie-Joseph Le Guillou)

“Dios ‘desvela’ su presencia: él está ahí obrando, fundamentalmente ‘despertando el amor.’” (Un camino de experiencia; M. Herráiz; pág: 121)

Y es que “el amor lo transforma todo.” (Benedicto XVI; Ángelus, solemnidad del Corpus, 14-06-09) Es capaz de cambiar hasta mi corazón de piedra (cf Ez. 36, 26).

“Solo el amor de Dios puede cambiar desde dentro la existencia del hombre y, en consecuencia, de toda la sociedad, porque sólo su amor infinito lo libra del pecado, que es la raíz de todo mal.” (Benedicto XVI; Homilía en la parroquia de Santa Felicidad e hijos, 25-03-2007)

2.- Con la ayuda del Espíritu Santo (punto anterior), lee un trozo del Evangelio o de la Palabra de Dios, como lo que es: pura novedad (y por lo tanto, tiene que producir novedades en mi vida, aunque éstas sean pequeñas).

¿Cómo se hace eso?

Cada vez que lea un texto del evangelio (o cualquier otro de la Biblia) me tengo que preguntar:

¿Qué tiene que corregir de mi vida, ese texto que acabo de leer? (Saca al menos una conclusión concreta).

¿En qué me molesta ese texto? Siempre hay algo que rectificar en mi vida. Pero “el qué”, te lo indica el evangelio y tu corazón: mira qué te molesta de lo que has leído. Fíjate en lo que te “escuece”. Esa es la señal. Si no molesta, si no duele, no sirve, no me estoy relacionando con la Palabra de Dios. Me escucho a mí mismo pero no a Dios, que es de lo que se trata.

“Si crees lo que te gusta del evangelio, pero rechazas lo que no te gusta de él, no crees en el evangelio sino en ti.” (s. Agustín)

“Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que una espada de dos filos; y que alcanza hasta partir el alma y el espíritu, y las coyunturas, y los tuétanos; y que discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb 4, 12) Y una espada de doble filo siempre hace “pupa”. Seguir a Jesús conlleva algunas rupturas y divisiones. Y eso duele.

¿Qué nuevo rumbo debe tomar mi vida para poder vivir el texto del evangelio que acabo de leer? No se puede leer el Evangelio y que todo siga igual.

Siempre el evangelio me indica un nuevo camino por el que transitar y ese camino no es otro que Jesús. Y es nuevo porque Jesús es eterna novedad y Dios siempre sorprende.

“Escuchar el Evangelio, leerlo, meditarlo y convertirlo en alimento espiritual nos permite encontrar a Jesús vivo, hacer experiencia de Él y de su amor.” (Papa Francisco; Homilía Epifanía del Señor, 06-01-2014)

“Esto es obra del Espíritu Santo, que hace presente a Jesucristo en los corazones.” (Benedicto XVI; Discurso despedida en Barajas, Madrid, 21-08-2011)

“Si acogemos esta Palabra, que es Jesucristo, Palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro, y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría.” (Papa Francisco; Lumen fidei, 7)

Ya sabemos el por qué (e incluso el cómo). Vamos a ver ahora de dónde sacar las fuerzas (el motor) para afrontar este enorme desafío.

1.4.- ¿Cuál es el motor de la conversión?

Lo hemos dicho desde el principio: la conversión supera nuestras fuerzas. Es un proceso que, en su mayor parte, no depende de nosotros.

La conversión es un don de Dios. Es un regalo suyo, “se nos tiene que dar: “Hazme volver y volveré, pues tú, Yahveh, eres mi Dios” (Jer 31, 18).

Y se nos da en el reconocimiento previo del amor “convertido” de Dios, que es Jesús (1 Tim 1, 14.16).

La conversión, como vida y reinserción en la vida que es, no puede surgir del autoendiosamiento de nuestro egoísmo, que es, precisamente, lo que tiene que desaparecer, porque es nuestra muerte, lo que nos clava e inmoviliza para el ejercicio de “volvernos”, en que consiste la conversión. La auto adoración nos convierte en estatua, nos petrifica, en lo más profundo de nuestro yo.

Sólo el Espíritu del Señor puede quebrantar y ablandar lo petrificado (Ez 11, 19; 34, 26) y hacerlo

entrar en relación de vida con la Vida (Sal 51, 18-19). Insuflando su amor siempre primero, un amor que resulta “transtornado” por el desquiciamiento del corazón humano cuando adora sus propios ídolos (Os 11, 8), Dios hace al hombre capaz de destruirlos.

Desde la borrachera de su idolatría (su egoísmo) no se le ocurrirá jamás al ser humano “volverse” por sí mismo a Dios, si no es despertado por la experiencia de verse “adorado”, servido de forma personal (¡y cómo!) por un Dios rendido a sus pies y lavándose los.

¿Hay otro símbolo más hondo y más conscientemente buscado para expresar esa “conversión” de Dios, que va desde el “se hizo hombre” hasta el “todo está cumplido”? (Ignacio Iglesias)

Por lo tanto, he aquí el motor de la conversión:

1.- “Nosotros amamos porque Dios nos amó primero” (1 Jn 4, 19). Esta cita debe tomarse en el sentido más literal posible porque es realmente el gran motor de nuestra vida.

2.- “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1 Jn 4, 16).

Hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Conocer en la Biblia significa “saborear”, “experimentar”, como por ejemplo, cuando la Virgen María dice: “no conozco varón”. Claro que lo conocía, estaba desposada con José, pero el “no conozco” lo dice porque significa para ellos que no ha mantenido relación con ningún hombre. Por eso cuando S. Juan dice “Hemos conocido el amor que Dios nos tiene”, quiere decir que hemos experimentado el amor de Dios, que tenemos relación con Él, de tú a tú. ¿Es esto así? ¿Realmente conozco el amor de Dios? ¿Creo realmente que Dios es amor?

3.- “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único.” (Jn 3, 16) “El amor de Cristo nos impulsa” (2 Cor 5, 14). (Lo propio del motor es impulsar). “Me amó y se entregó por mí.” (Gal 2, 20)

“Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores. Con mayor razón, pues, a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre, los salvará definitivamente del castigo.” (Rom 5, 7-9)

Muy bien, ¿y ahora qué?

Tenemos el motor: todas las citas anteriores, es decir, la Palabra de Dios. Ahora hace falta arrancar ese motor. Y para eso nos hace falta la llave. ¿Y cuál es esa llave? La fe (cf. Spe Salvi, 10; Benedicto XVI)

Guarda estas citas en tu corazón, como hacía nuestra Madre, la Virgen María. Y tómalas “al pie de la letra”. Sólo creyendo realmente en sus palabras, las verdades del Evangelio me impactarán y me transformarán.

Contemplemos el evangelio con amor, lémoslo con el corazón. “Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva.” (Papa Francisco; Evangelii gaudium, 264)

La Palabra de Dios no tiene nada de “espiritualista” ni sentimentalista. Es real y concreta. Tanto, que “la Palabra se hizo carne”. Así, con ese realismo tengo que creer.

Dios nos quiere con locura. Esta es la verdad más profunda de mi existencia. Este es el motor. Si creyera de todo corazón en esto tendría la fuerza necesaria para convertirme día a día. Porque me sentiría amado por Dios. “Lo que más mueve a amar, en esta vida, es sentirse amado.” (Manuel Ordeig Consini)

Solo deseando amar al Señor como Él se merece encontraremos la fuerza para perseverar en el amor, porque “desear a Dios es vivir ya unido a Él” (Sta. Catalina de Siena). Y estando unidos a Dios somos capaces de amar y de perseverar en el amor porque el amor ni cansa ni descansa (cf. Jn 5, 17). “No hay trabajos difíciles para los que aman; porque, o bien no resultan difíciles, o bien la misma dificultad es amada.” (S. Agustín)

¿Quieres arrancar el motor ahora mismo?

El Señor me está esperando porque le gusta estar conmigo (cf. Prov 8, 31). Me espera exactamente igual que el padre bueno esperaba a su hijo pródigo, día tras día, para abrazarlo y “comérselo a besos” (traducción literal del verbo griego que utiliza el evangelista s. Lucas). El Señor te espera en la oración, en el recogimiento de mi corazón. Me espera en su Palabra, en los sacramentos, en cualquier persona que sufre o está necesitada.

“Dios, a quien pertenecen todas las cosas, porque todas las cosas fueron hechas por Él, revela su fuerza amando todo y a todos, en una paciente espera de la conversión de nosotros los hombres, que quiere tener como hijos. Dios espera nuestra conversión.”
(Benedicto XVI; Audiencia general, 30-01-2013)

El Señor me espera. ¿Necesito alguna motivación más para cambiar y luchar para corresponderle con el mismo amor con que Él me ama?

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL O COMUNITARIA

¿Creo verdaderamente que Dios me quiere?

¡No nos lo creemos verdaderamente, o al menos, no nos lo creemos bastante! Porque si nos lo creyésemos, en seguida la vida, nosotros mismos, las cosas, los acontecimientos, el mismo dolor, todo se transfiguraría ante nuestros ojos. Hoy mismo estaríamos con él en el paraíso, porque el paraíso no es sino esto: disfrutar en plenitud del amor de Dios.

Pero tenemos un problema: el mundo ha hecho cada vez más difícil creer en el amor. Quien ha sido traicionado o herido una vez, tiene miedo de amar y de ser amado, porque sabe cuánto duele sentirse engañado. Y de traiciones y heridas estamos a la orden del día: divorcios (con toda la tragedia familiar que hay detrás de esta palabra, sobretodo, cuando hay hijos por medio), violencia machista (puro terrorismo), abortos (el genocidio más grande de la historia), una cultura que sólo transmite estafas, robos, corrupción, violencia y muerte; unos medios de comunicación que sólo enseñan lo malo del ser humano y que están al servicio de las ideologías.

¿Qué ocurre en una sociedad donde a sus habitantes sólo se les informa de malas noticias?

Así, va aumentando cada vez más la multitud de los que no consiguen creer en el amor de Dios; es más, en ningún amor. El desencanto y el cinismo es la marca de nuestra cultura secularizada. Nos prometieron la sociedad del “bienestar” y sólo tenemos malestar por todas partes.

En el plano personal está también la experiencia de nuestra pobreza y miseria que nos hace decir: ‘Sí, este amor de Dios está muy bien, pero no es para mí. Yo no soy digno, yo no sirvo,...’.

Nosotros, testigos de la Buena Noticia, no nos podemos dejar llevar ante esta avalancha diaria de malas noticias. No nos podemos dejar arrastrar por este ambiente de pesimismo y desconfianza. No podemos tirar la toalla. Justo al contrario, tenemos que cogerla con más fuerza y ceñírnosla a la cintura como nuestro Señor y ponernos a servir.

La fe mueve montañas. Los hombres necesitan saber que Dios les ama, y nadie mejor que los discípulos de Cristo es capaz de llevarles esta buena noticia.

Hay que luchar y creer que otra manera de vivir es posible; que otra sociedad sí es posible.

Que otra manera de relacionarnos sí es posible.

Que otra manera de vivir y compartir sí es posible.

Que la misericordia, el perdón, la ternura y el servicio en bien de los más necesitados es posible.

Pero somos nosotros los primeros que tenemos que creérselo. Fijaros el papel de nuestra conversión personal. Fijaros el papel que juega nuestro movimiento, a través de sus comunidades y centros, en todo esto.

Ante problemas de esta envergadura, ¿qué respuesta dar desde la fe? Pues la mayor y mejor respuesta que existe: Jesucristo, la Salvación del mundo, la respuesta del Padre a nuestra situación personal y social, porque Él es el amor hecho carne, hecho realidad. Él nos lo ha demostrado: “Sólo la caridad salvará al mundo” (San Luis Orione).

¿O es que hay otra posibilidad?

Seamos realistas: “La realidad es Cristo.” (Col 2, 17)

Fuera de ahí es construir sobre arena, es fantasear. Si queremos dejarle a nuestros hijos, a los niños y jóvenes de nuestros centros una situación social mejor, necesitamos construir sobre Roca: Jesús. Hagamos del amor la norma de nuestra vida. (cf. Ef 5, 2)

“Creo Señor, pero ayúdame a tener más fe” (Mc 9, 24), más esperanza y mucha más caridad.

1.5.- ¿Por dónde empezar?

Nuestra verdadera conversión comienza con el ‘grito’ del alma, que pide perdón y salvación, queriendo cambiar, queriendo amar al Señor y a los hermanos como Cristo lo hace.

Puede ser que veamos todo esto un poco exagerado. Que tampoco es para ponerse así. Pues esa es la diferencia entre los santos y yo. Es lo dicho anteriormente en el punto 1.3.

“Quisiera amarle, no con un amor normal y corriente, sino como los santos, que hacían locuras por él.” (Sta. Teresita de Lisieux; Cta 225, del 2/5/1877)

“¡Quisiera amarle tanto...! ¡Amarle como nunca lo ha amado nadie...!” (Sta. Teresita de Lisieux; Cta 74, 2rº)

“Pero, ¡ay! Cuando me comparo a los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el grano de arena que los caminantes pisan al andar.” (Sta. Teresita de Lisieux; Cta 55.)

Para un santo/a esto no es algo raro sino coherencia: es querer corresponder al Señor tal y como se merece, porque Cristo nos ama así, “hasta el extremo” (Jn 13, 1), de forma exagerada. Así nos ama

el Señor. Y el santo/a quiere pagar ese amor con la misma calidad, porque el amor con amor se paga.

“Llega un momento en que el orante enamorado de Dios, desea amar a Dios tanto como de Él es amado, desea dar a Dios tanto como de Él recibe. Este es su mayor deseo, su mayor reto.” (Marcelino Iragui)

¿Tengo experiencia de un momento así en mi vida? ¿Podría ser ahora ese momento? “Este es el tiempo favorable, hoy es el día de la salvación.” (2 Cor 6, 2)

¿Quieres que sea así?

Dios es quien suscita este deseo, y Dios nunca infunde deseos inútiles o irrealizables. (Flp 2,13; Ef 3,20) (cf. Sta. Teresita de Lisieux; Ms C 2vº)

“Me hace desear, por lo tanto lo que me quiere dar.” (Sta. Teresita de Lisieux; Acto de ofrenda al amor misericordioso (Or 6)).

¿Tengo, o he tenido, esa experiencia de que Dios me quiere así? Si quiero conocerlo y quererlo más es que me he encontrado con Él, he tenido esa experiencia. (cf. Evangelii gaudium, 264; Papa Francisco)

Si no veo tan urgente esa necesidad de correspondencia es porque no he tenido la experiencia de aspirar a amar a Dios tanto como sea posible amarle (lo normal en una persona enamorada: amar siempre más). Puede ser que yo quiera al Señor pero no sentir o ver la necesidad de quererlo más.

Pues ese es el comienzo de la conversión. Ese es el primer paso: tener hambre, sed de amar de esa forma. Es tener ganas de corresponder al Señor, que nos quiere con locura, de la misma forma.

¿Y cómo conseguir ese deseo, esa hambre, esas ganas?

Párate y suplica al Espíritu Santo que ponga en ti ese deseo y ¡pídele que no te deje descansar jamás! Pide una y otra vez al Señor el sentir esa necesidad de amarlo tal y como Él quiere.

Y mantente en la súplica, no salgas de ella hasta que te sea concedida. Tengo que ser como un mendigo delante del Señor (porque así es realmente). Ten como modelo a la viuda del evangelio que pedía justicia, día y noche, hasta que fue atendida su petición. (cf. Lc 18, 1-8)

“¿Cuál es la fuerza del hombre? La de la viuda: llamar al corazón de Dios, llamar, pedir, lamentarse de tantos problemas, tantos dolores, y pedir al Señor la liberación de estos dolores, de estos pecados, de estos problemas. La fuerza del hombre es la oración y también la oración del hombre humilde es la debilidad de Dios. El Señor es débil sólo en esto: es débil frente a la oración de su pueblo.” (Papa Francisco, Homilía misa diaria en la capilla Santa Marta, 16-11-2013)

“La oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios.” (S. Agustín)

“Pero siempre volvemos a lo mismo: la oración. Y es tan importante la oración, rezar; rezar las oraciones que conocemos desde niños, pero también rezar con nuestras palabras, rezarle al Señor: ¡ayúdame! ¿Señor qué debo hacer ahora? Y con la oración hacemos espacio para que el Espíritu venga y nos ayude en ese momento y nos aconseje sobre lo que nosotros debemos hacer...

Nosotros debemos darle espacio al Espíritu... Dar espacio es rezar, rezar para que el venga y nos ayude siempre.” (Papa Francisco; Audiencia General, el Don de Consejo, 07-05-2014)

“¿No hará, entonces, Dios justicia a sus elegidos que claman a él día y noche?” (Lc 18, 7). Nosotros somos elegidos de Dios. ¿Estamos dispuestos a clamar a Dios, día y noche? “Cuando venga el Hijo del hombre ¿encontrará fe en la tierra?” (Lc 18, 8) ¿La encontrará en mí?

Si lo estoy, experimentaré una alegría especial, una alegría de verdad que solo el Señor puede dar, y que nada ni nadie me puede quitar. Se cumple, y yo seré la prueba, de que, “felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados.” (Mt 5, 6) (El sentido de la justicia en la Escritura, más que el que le damos normalmente, se refiere a la actitud del hombre cuya voluntad se ‘ajusta’ plenamente a la de Dios, amándole y amando al prójimo: dicho de otro modo, lo que entendemos por santidad).

Esta alegría me ayudará a seguir perseverando. Hasta que quede saciado.

“La gracia de la renovación o de la conversión no se darán más que a una Iglesia en oración... Habitúenos a nuestro pueblo cristiano, personas y comunidades, a mantener una oración ardiente al Señor, con María.” (S. Juan Pablo II; Discurso a los obispos de Suiza, julio de 1984)

“El objetivo primario de la oración es la conversión: el fuego de Dios que transforma nuestro corazón y nos hace capaces de ver a Dios, y así, de vivir según Dios y de vivir para el otro.” (Benedicto XVI, Audiencia general, 15-06-2011)

¿Y cuándo empezamos? Ahora mismo, en este momento que estás leyendo esto. ¡No dejes para mañana algo de lo que depende toda tu vida, y la de tu familia, y la de tu gente, comunidad, centro, etc!

“Convértete hoy por si no puedes hacerlo mañana.” (San Agustín)

El que deja las cosas para mañana, se encontrará con que un día no tendrá mañana, y ya será demasiado tarde.

“Disponiendo del día de hoy para convertirte, posponer tu conversión sería una ingratitud más. El Dios de las misericordias te abre la puerta del perdón. ¿Por qué tardas en entrar?” (San Agustín)

Por eso, deja de leer esto y grítale al Señor con el corazón, no con los labios:

¡Ayúdame, Señor, a que Tú seas hoy lo primero en mi vida!

¡Cambia mi corazón de piedra por uno de carne, que sepa amar como Tú amas!

¡Fortaléceme con la gracia del Espíritu Santo!

¡Que yo no me suelte nunca de tu mano!

¡Señor, cómo me gustaría ser Tú y no ser yo!

(Nota: ¡No lo leas! ¡Grítalo con el corazón hasta el estremecimiento!)

Pide perdón, pide curación, pide que te salve del Maligno, del mal, de tanto yo, de tanto egoísmo: “Dios mío, ten compasión de mí, que soy pecador.” (Lc 18,13)

Sólo Cristo puede curarnos, puede salvarnos. “Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna.” (Jn 6,68)

“No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan.” (Lc 5, 31-32)

“Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.” (Lc 19,10)

Ese enfermo, ese perdido (por no amar como hay que hacerlo), ese pecador soy yo. ¡El Señor viene para mí, en busca mía para curarme, no para castigarme!

Mira cuál es el obstáculo, tu enfermedad, aquello que te paraliza para ser más de Él, más caritativo, más servicial. “Si no reconoces tu enfermedad, juzgarás cosa superflua tener un Salvador.” (San Agustín)

Pide luz para tu ceguera, para saber qué es lo que falla y poder corregirlo. “El obstáculo primario de la conversión es la ceguera (ver a lo que uno tiene que convertirse), y a ello no se llega sino poco a poco.” (Segundo Galilea)

De ahí nuestra constancia, nuestra paciencia para con nosotros mismos y también hacia los demás que están igual que tú. De ahí la importancia de ponernos en manos del Señor.

Agarrémonos a Él. Sigámoslo. “Amémosle, pues, hasta la locura.” (Sta. Teresita de Lisieux; Cta 96, 1vº.)

En esto consiste la santidad.

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré.” (Mt 11,28)

“Yo no rechazaré nunca al que venga a mí.” (Jn 6,37)

Más claro imposible.

Ante esto sólo queda el corazón sorprendido, admirado ante tanto Bien. Seamos agradecidos al Señor.

¡Así es Dios, tan bueno! “Alegrarnos de considerar qué tan gran Dios y Señor tenemos.” (Sta. Teresa de Jesús)

“La conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno. (1 Cor 13, 4)” (S. Juan Pablo II, Dives in misericordia, 13f)

Si quieres ver, tocar y sentir la misericordia de Dios prepárate y confiésate. No hay mejor forma de empezar la conversión que estar en gracia de Dios. Y esto nos lo regala Cristo en el sacramento de la reconciliación. Sería la “guinda” de todo lo que hemos estado hablando.

“Ahora no tengo ningún otro deseo, a no ser de amar a Jesús con locura.” (Sta. Teresita de Lisieux; Acto de ofrenda al amor misericordioso (Or 6).

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

“Lo primero que tenemos que hacer para ser útiles a las almas es trabajar con todas nuestras fuerzas y de modo continuado en nuestra conversión personal.” (Bto. Carlos de Foucauld)

“Es necesario reformarse uno mismo, tratar de reformar dulce y amistosamente a aquellos sobre los que tenemos influencia, y extender esta influencia a fin de propagar la reforma. Sobre todo, hay que actuar con constancia, sin desanimarse, recordando que la lucha contra uno mismo, contra el mundo y contra el demonio durara hasta el fin de los tiempos. Actuar, orar y sufrir son los tres medios con los que contamos.” (Bto. Carlos de Foucauld)

“Sólo si los hombres cambian, cambia el mundo y, para cambiar, los hombres necesitan la luz que viene de Dios.” (Benedicto XVI; Homilía Misa de nochebuena, 25-12-2008)

¿Queremos un mundo mejor? “Dios no puede cambiar las cosas sin nuestra conversión.”(Benedicto XVI; Homilía en Nápoles, 21-10-07)

“Se tú el cambio que quieres ver en el mundo.” (Gandhi)

“La Iglesia está efectiva y concretamente al servicio del Reino. Lo está, ante todo, mediante el anuncio que llama a la conversión; éste es el primer y fundamental servicio a la venida del Reino en las personas y en la sociedad humana.”

(S. Juan Pablo II, Redemptoris missio, 20)

2. CREO EN EL EVANGELIO DE JESÚS

2.1.- El Evangelio: Jesucristo, Dios en la tierra

Llegó a Nazaret, donde se había criado. Según su costumbre, entró en la sinagoga un sábado y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, al desenrollarlo, encontró el pasaje donde está escrito:

El espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos, a dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor.

Después enrolló el libro, se lo dio al ayudante y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos fijados en él. (Lucas 14,16-20)

Así se presenta Jesús, se presenta como liberador, se presenta para proclamar la gracia y reconocer que Dios está en él. El Evangelio nos presenta toda esa predicación liberadora para el hombre, la que trae la Buena Nueva, la que instauro el amor sobre todas las cosas, en la que Dios se hace Dios en la tierra por medio de Jesucristo.

El Evangelio es la confirmación y evolución del antiguo testamento, donde Jesús confirma y da un paso definitivo del amor de Dios hacia el hombre. Donde Dios encarnado en Jesucristo (Juan 14,9: El que me ve a mí, ve al padre) nos marca nuestro propio camino de salvación (Juan 14,6: Yo soy el camino la verdad y la vida).

Cuál es ese camino y la clave renovadora: El mandamiento nuevo, Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros (Juan 13,34)

2. 2.- El evangelio y yo

El Evangelio es "*poder de Dios para la salvación a todo aquel que cree.*" (Romanos 1:16.)

San Jerónimo decía: "*solo desde la Fe estamos en sintonía para entender la palabra de Dios*".
¡Cuidado de como leemos el evangelio! "*El que tenga oídos para oír, que oiga*" (Mateo 13,9)

¿Con qué oídos escuchamos a Dios?, ¿con qué ojos lo miramos?

De esta reflexión surgen algunas preguntas:

¿Qué valor le doy a la PALABRA?

PARA LA REFLEXION PERSONAL O COMUNITARIA:

Canción: ¿Quién nos robó la Palabra? (Brotos de olivo)

¿Cuándo comenzó el olvido del valor de la Palabra?

¿Quién desvió el camino que a la Vida nos llevaba?

¿Por qué la mente cambió y al final ya no pensaba según proclamaba Dios a través de la Palabra?

Y ante tan grave inconsciencia,

¿Por qué ya no se rescata el valor que le robaron al Padre y a su Palabra?

¿Qué razón nos da razón para que siga olvidada la Palabra

en su exigencia y la vida que de ella mana?

Más en tanto continúe el destierro de la Gracia,
continuaremos hambrientos en medio de la abundancia.
Y anunciaremos a Dios sin ser su esencia la causa
y nadie hallará la vida, ¡todo quedará en palabras!

Si la mente no se alerta de esta ceguera que mata,
nunca podremos quitar el dolor a la Palabra.

Sabemos que Dios es dueño y que en verdad Él nos guarda,
mas el mal es quien gobierna y Dios no puede hacer nada.

La vida está, la fuerza vive en la Palabra.
¿Quién la encadenó? ¿Quién nos robó la Palabra, quién nos la robó?
En libertad Dios nos creó: ¿quiénes al hombre, lo encarceló?
Jesús murió por liberar a todo hombre: ¿quién lo encarceló?

¿Me he dejado hacer por el Evangelio?

La Escritura lleva a lo concreto.

Vivimos en un mundo en el que mucho queda en ideas o intenciones, quizás por falta de tiempo,
quizás por miedo o falta de Fe. Pero sí que es cierto que si el Evangelio no me lleva a un cambio en
mi vida, esa derrota hace de mi cristianismo ser un “Cristiano de orilla”

Canción: Cristianos de orilla (Ixcís, disco teselas)

Cristianos de orilla sin profundidad,
por miedo a adentrarse en el mar
no llegan nunca a embarcar,
a embarcar.

Cristianos de orilla sin profundidad,
por miedo a adentrarse en el mar
se quedan en normas que otros dan,
y dejan de buscar y respirar.

Cristianos de orilla sin profundidad,
por miedo a adentrarse en el mar
se estancan y no avanzan más.

Que se te escape la vida
dando vueltas por la orilla,
que se te escape la vida.

“Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.” (Lc 11, 28)

*“Volvamos al Evangelio. Si no vivimos el Evangelio, Jesús no vive en nosotros. Volvamos a la
pobreza, a la sencillez cristiana.” (Carlos de Foucauld; Carta al P. Caron, Tamanrasset, 30-06-1909)*

Digámosle al Dios que habita en nosotros *“Hágase en mí según tu palabra.” (Lc 1, 38)*

2.3.- El Evangelio, el mundo y la Iglesia apostólica

La palabra Evangelio, escrita con mayúscula y en singular no designa un libro, sino que quiere decir mensaje gozoso, Buena Noticia.

En la antigüedad, por ejemplo, el nacimiento de un hijo del emperador era un Evangelio. Para los cristianos la palabra Evangelio designa la Buena Noticia de que estamos salvados en Jesucristo.

En cambio, llamamos evangelios, con minúscula y en plural, a cuatro libros que recogen el mensaje de Jesús y que contienen fielmente la Buena Noticia de nuestra salvación.

“Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra”

“Hay que poner la otra mejilla”

“Hay que compartir”

“A los amigos hay que quererlos”

“La paz es la única solución”

El Evangelio está presente en nuestra sociedad como afanes de lo cotidiano. Inconscientemente utilizamos su doctrina como soluciones de la vida y conscientemente renegamos de él.

El evangelio es el origen de las teorías, pero cuidado no distorsionemos la verdad: “Yo soy el camino la verdad y la vida” (Juan 14,6). No caigamos en hacer el Evangelio a la medida del mundo.

“No hay que mutilar la integralidad del mensaje del Evangelio. Es más, cada verdad se comprende mejor si se la pone en relación con la armoniosa totalidad del mensaje cristiano, y en ese contexto todas las verdades tienen su importancia y se iluminan unas a otras. Cuando la predicación es fiel al Evangelio, se manifiesta con claridad la centralidad de algunas verdades y queda claro que la predicación moral cristiana no es una ética estoica, es más que una ascesis, no es una mera filosofía práctica ni un catálogo de pecados y errores. El Evangelio invita ante todo a responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos. ¡Esa invitación en ninguna circunstancia se debe ensombrecer! Todas las virtudes están al servicio de esta respuesta de amor. Si esa invitación no brilla con fuerza y atractivo, el edificio moral de la Iglesia corre el riesgo de convertirse en un castillo de naipes, y allí está nuestro peor peligro. Porque no será propiamente el Evangelio lo que se anuncie, sino algunos acentos doctrinales o morales que proceden de determinadas opciones ideológicas. El mensaje correrá el riesgo de perder su frescura y dejará de tener «olor a Evangelio»”.

Papa Francisco exhortación apostólica: La alegría del Evangelio (39)

No nos perdamos en encontrar respuestas en otras cosas, si el Evangelio no es una respuesta para mí quizás es que no me he confrontado con el Evangelio. La Palabra tiene que llevar a un cambio en mí ser, en mi sistema de creencias terrenales y morales.

Bajo inspiración del Espíritu Santo:

“La revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, la Santa Madre Iglesia, fiel a la fe de los apóstoles, reconoce que todos los libros del antiguo y del nuevo testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor y, como tales, han sido confiados a la Iglesia. En la composición de los libros sagrados Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos. De este modo, obrando Dios en ellos y por

ellos, como verdaderos autores pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería”
(Concilio Vaticano II, Constitución dogmática Dei Verbum sobre la Divina Revelación, 11)

Y el Espíritu Santo por medio del Evangelio se ha ido haciendo en el hombre: San Francisco de Asís, Madre Teresa de Calcuta, Carlos De Foucauld...son ejemplos de cómo el Espíritu de Dios se ha ido derramando sobre el hombre por medio del Evangelio.

¿Cuál es el fruto del Evangelio en mí? ¿Me he dejado hacer por el Evangelio?

En torno a la Palabra de Dios:

“Toda la evangelización está fundada sobre la Palabra, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra.

La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar. Es indispensable que la Palabra de Dios «sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial». La Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la Eucaristía, alimenta y refuerza interiormente a los cristianos y los vuelve capaces de un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana. Ya hemos superado aquella vieja contraposición entre Palabra y Sacramento. La Palabra proclamada, viva y eficaz, prepara la recepción del Sacramento, y en el Sacramento esa Palabra alcanza su máxima eficacia.”

“El estudio de las Sagradas Escrituras debe ser una puerta abierta a todos los creyentes. Es fundamental que la Palabra revelada fecunde radicalmente la catequesis y todos los esfuerzos por transmitir la fe. La evangelización requiere la familiaridad con la Palabra de Dios y esto exige a las diócesis, parroquias y a todas las agrupaciones católicas, proponer un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura orante personal y comunitaria.¹³⁸ Nosotros no buscamos a tientas ni necesitamos esperar que Dios nos dirija la palabra, porque realmente «Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido sino que se ha mostrado». Acojamos el sublime tesoro de la Palabra revelada”.

Papa Francisco exhortación apostólica: La alegría del Evangelio (174)

“Tenemos una linda tarea **ser evangelios vivos**, comencemos por integrarlo en nosotros. Conversión significa cambiar el modo de pensar y de actuar al modo de Dios, es decir, revolucionarse interiormente. Este es el primer paso para que en el mundo trascienda la revolución de Cristo, la revolución del amor”

3.- VIVO SEGÚN LA PALABRA - VIVO LA PALABRA

3.1.- Coherencia de vida

Si existe algo que caracteriza a la vida cristiana, o al menos debería caracterizarla permanentemente es la unión entre la Fe y la vida, entre lo que se cree y lo que se vive, lo que el Evangelio de Jesús presente y lo que los actos cotidianos de nuestra vida proclaman, que desgraciadamente no siempre van de la mano.

Hasta el punto que se toma como medida verdadera de nuestra Fe: *“Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma... Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.”* (Stgo 2, 14-17. 26.)

“No todo el que dice ¡Señor, Señor! entrara en el reino de los cielos sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7, 21).

Debería existir una armonía completa en nuestras personas, una unidad de vida, sin disgregaciones, ni compartimentos estancos, sin luces y sombras. Unicidad en nuestras vidas. Sin traiciones, sin intercambio por 30 monedas, sin negociaciones.

Nuestra vida debe ser una, existir coherencia absoluta entre nuestro pensar, nuestro decir, y nuestro vivir cotidiano. ¿Cuántas veces en mi vida sigue habiendo diversas vidas vividas? En una de esta el Evangelio, o la cultura evangélica, pero cuando este no abarca todo en mi, cuando no ha transformado mi interior más profundo padecemos una especie de esquizofrenia espiritual en la que somos personas diferentes dependiendo en que situaciones nos encontramos.

Un primer acercamiento a lo que significa coherencia encontramos la definición de “conexión, relación o unión de unas cosas con otras”. Al aplicarlo al cristianismo se refiera a esas conexión existente entre fe y vida, entre lo que creemos (el Señor Jesús y su Evangelio) y el modo como vivimos en lo cotidiano.

Nunca daremos suficiente importancia a esta coherencia entre la fe y la vida. No basta conocer la Palabra de Dios, es necesario vivirla. ¿Cómo conseguiremos conformar nuestra vida práctica a nuestra fe?

El concilio proclamó que *“todos los fieles de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”* (Lumen Gentium, nº 40). Esta afirmación sobre la vocación de todos *“a los varios géneros de vida y las diversas profesiones de cada uno según los propios dones y oficios debe avanzar sin demora por las vías de la fe viva, que enciende la esperanza y actúa por medio de la caridad”* (Lumen Gentium, nº 41) es de vital importancia pues todo cristiano queda llamado a la santidad, a la perfección por el amor como hijo de Dios y hermano de Cristo, miembro de la Iglesia y a salvo de mediocridades, infidelidades, inconstancias, incoherencia y la hipocresía deberían desaparecer de nuestras vidas pues como dice San Pedro *“vosotros sois una raza escogida, un sacerdocio real, una gente santa, un pueblo redimido... Vosotros, que en un tiempo erais no pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios”* (1Pe 2, 9-10).

En esta coherencia está el secreto de la santidad, a la que Dios nos llama a cada uno de nosotros, en nuestros propios estado de vida. Por ello es tan importante que de la fe en la mente y en el corazón pasemos a la fe en la acción.

“Pero al malvado Dios le dice: ¿Por qué recitas mis mandamientos, y tienes siempre en tu boca mi alianza, tú que detestas la corrección y no tienes en cuenta mis palabras? Si ves un ladrón, te unes a él, vives con los adúlteros; abres tu boca para hablar mal, tu lengua trama el engaño. Te sientas a murmurar contra tu hermano, deshonras al hijo de tu madre. Esto haces tú, ¿y me voy a quedar callado? ¿Piensas quizás que soy como tú?” (Sal 50, 16-23)

La fe relacionada simplemente con un mero sentimentalismo, no puede incidir en la vida cotidiana. Si la identificamos con una ética de valores abstractos, dejará la vida concreta huérfana de acciones transformadoras. Si la reducimos a una serie de ritos y de liturgias, *“En la cátedra de Moisés se han sentado los maestros de la ley y los fariseos. Obedézcanles y hagan lo que les digan, pero no imiten su ejemplo, porque no hacen lo que dicen”* (Mt: 23, 2-3), donde participamos muda y pasivamente, será un cumplimiento formal y externo pero no una fe hecha vida y una vida unificada con nuestra fe. *“Sin embargo, el que escucha mis palabras y no las pone en práctica, es como aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena”* (Mt 7, 26)

La coherencia de nuestras vidas debe de medirse siempre a la luz de la Palabra. El creyente es el hombre que oye la Palabra, la recibe, se deja modelar y obedece.

La Palabra, como en los textos de Juan aparece, *estaba con Dios y era Dios*, Jn 1, 1-14. *Pero vino al mundo y el mundo no lo recibió*. No podemos permitir que la luz de la Palabra no abarque todos los rincones de mi existencia, que al igual que inunda mi inteligencia y mi saber deben de alumbrar mis actos, mis hechos, mi acciones, mi ser. *“Dicen que conocen a Dios, pero sus obras lo desmienten. Son gente abominable, rebelde e incapaz de cualquier obra buena”*. (Tit 1, 16). Debemos sacar la Palabra, Jesús, de nuestras cabezas, de los libros, de los catecismos, y bajarlas a nuestras manos, y a nuestros corazones. Toda la teoría y la teología que podamos poseer de nada sirven si no somos capaces de transformarla en actos. (Stgo 2, 14).

"Todo esto nos recuerda que una profesión compendiada de las verdades de la fe exige después un estudio, un desarrollo, una profundización; éste es el deber de todos los creyentes, y todos aquellos que saben pasar de las fórmulas catequísticas a la exposición más completa y más orgánica de las verdades de la fe, de las palabras áridas al desarrollo doctrinal, y mejor todavía, de las expresiones verbales a una cierta inteligencia real de las mismas verdades, experimentan a la vez una satisfacción y cierta turbación: el gozo de la riqueza y de la belleza de las verdades religiosas, y la impresión de su profundidad y de su amplitud, que nuestra mente sabe vislumbrar, pero no medir: éstas es la experiencia más grande que nuestro pensamiento puede realizar. Ésta es también la tarea de los maestros, de los teólogos, de los predicadores, a quienes este momento histórico de la Iglesia brinda una estupenda misión: la de penetrar, purificar, expresar las fórmulas de la fe con palabras nuevas, bellas, originales, vividas, comprensibles; los siempre idénticos e inmutables tesoros de la revelación, "con la misma doctrina, con el mismo sentido, con el mismo pensamiento", como dijo el Concilio Vaticano I (cf. Vicente Ler., "Conmonitorium", 28; PL 50, 668, y Con. Vat. I, "De fide cath.", VI, en Alberigo, etc. Conc. Occ. decreta, pág. 785).

Esa misma llamada a la santidad nos brinda la misión de proclamar el Evangelio con la palabra pero sobre todo con la coherencia de su vida solo así seremos testigos creíbles de la esperanza cristiana.

Un cristiano coherente es aquél que sostiene con sus obras lo que cree y afirma de palabra. No hay diferencia entre lo uno y lo otro. Se descubre una estrecha unidad entre la fe que profesan sus labios, la fe acogida en su mente y corazón, y su conducta en la vida cotidiana: su fe pasa a la acción, se muestra y evidencia por sus actos. Nosotros que estamos llamados, desde nuestra propia vida a la misión, a anunciar el evangelio, la Palabra, y hacer partícipes a muchos otros del don que hemos recibido, implica necesariamente que yo mismo me esfuerce por ser el primero en acoger y vivir el Evangelio con máxima coherencia. Si no, simplemente transmitiremos, normas, leyes, moralidad, pero no Vida, ya que solo con nuestra vida se puede transmitir esta. No podemos permitir que nuestra incoherencia haga estéril la Palabra en los demás, porque como bien sabemos las palabras mueven pero el ejemplo arrastra. Solo con el evangelio vivido, hecho carne en nosotros mismos podremos acercar a los demás a Jesús y su Reino. *“Este pueblo me alaba con la boca, y me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí y el culto que me rinden es puro precepto humano, simple rutina”* (Is 29, 13). *“Vienen a ti en masa, se sientan delante de ti, escuchan tus palabras, pero no las practican, porque me halagan con su boca, pero después sólo buscan su provecho. Tú eres para ellos como un cantor de voz hermosa que sabe cantar. Escuchan tus palabras, pero no las practican”* (Ez 33, 31-32).

Pero a pesar de la llamada a ser santos, experimentamos múltiples dificultades para realizar nuestra vocación. Algunas las encontramos dentro de nosotros, en nuestra fragilidad o en nuestra débil voluntad. No es raro experimentar que, aunque me haya propuesto ser cada día más santo, *“pues no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco”* (Rom 7, 19). San Pablo reconoce en sí mismo esta incoherencia que agobia su espíritu, cuyo origen atribuye *“al pecado que habita en mí”* (Rom 7, 19). En efecto, esto nos lleva a experimentar y a sufrir la división dentro de nosotros mismos,

división que constituye la principal dificultad para vivir la coherencia entre la fe que profesamos y nuestra vida.

También encontramos dificultades por la oposición a la vida cristiana de la sociedad en la que vivimos. La relativización de todo lo relacionado con la fe es un influjo negativo que nos presenta un reto. Muchas veces por miedo a “ser distintos”, prefieren pasar desapercibidos, actuar “como los demás” para no mostrar que somos cristianos, y así –aunque digan “creer”- terminan asimilando los criterios antievangélicos y viviendo de acuerdo a ellos.

Al tomar conciencia de las dificultades que tenemos que afrontar para vivir la fe con coherencia, no buscamos abrumarnos o desalentarnos. Se trata de vivir en un sano realismo: la incoherencia, mayor o menor, la experimentamos todos y nos acompañará mientras estemos como peregrinos en este mundo.

El primer paso hacia una vida de mayor coherencia es aceptar con humildad y sencillez esta verdad, y a partir de allí buscar reducir cada vez más la distancia que hay entre nuestra mente y corazón, nutrida de la fe, sostenida por la esperanza y animada por la caridad, y nuestras acciones cotidianas; entre nuestras palabras y obras; entre la fe y la vida.

Para ello, hay que poner medios concretos para ir ganando en hábitos de coherencia y avanzar así, poco a poco, hacia un estado de una cada vez mayor coherencia. Así, con la fuerza que nos viene del Señor y el apoyo que encontramos en la comunidad, nos iremos acercando cada vez más al horizonte de plena coherencia que descubrimos en el Señor Jesús y en su Santísima Madre.

“Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” Lc 11, 28

“Por tanto tú, quienquiera que seas, no tienes excusa cuando juzgas a los demás, pues juzgando a otros tú mismo te condenas, ya que haces lo mismo que condenas” Rom 2, 1

4.- YO TAMBIÉN PUEDO

4.1.- La sabiduría de un pobre (San Francisco de Asís)

La palabra más terrible que haya sido pronunciada contra nuestro tiempo es quizá ésta: «Hemos perdido la ingenuidad.» Decir eso no es condenar necesariamente el progreso de las ciencias y de las técnicas del que está tan orgulloso nuestro mundo. El progreso es en sí admirable. Pero es reconocer que este progreso no se ha realizado sin una pérdida considerable en el plano humano. El hombre, enorgullecido de su ciencia y de sus técnicas, ha perdido algo de su simplicidad.

Apresurémonos a decir que no había solamente candor y simplicidad en nuestros padres. El cristianismo había asumido la vieja sabiduría campesina y natural nacida al contacto del hombre con la tierra. Había, sin duda, todavía mucho más de tierra que de cristianismo en muchos de nuestros mayores. Más de pesadez que de gracia. Pero el hombre tenía entonces raíces poderosas.

Los impulsos de la fe, como las fidelidades humanas, se apoyan sobre adhesiones vitales e instintivas particularmente fuertes. Y no estaban de ningún modo sacudidas o enervadas. El hombre participaba del mundo, ingenuamente.

Al perder esta «ingenuidad», el hombre ha perdido también el secreto de la felicidad. Toda su ciencia y todas sus técnicas le dejan inquieto y solo. Solo ante la muerte. Solo ante sus infidelidades y las de los otros, en medio del gran rebaño humano. Solo en los encuentros con sus demonios, que no le han desertado. En algunas horas de lucidez el hombre comprende que nada, absolutamente nada, podrá darle una alegre y profunda confianza en la vida, a menos que recurra a una fuente que sea al mismo tiempo una vuelta al espíritu de infancia. La palabra del Evangelio no ha aparecido jamás tan cargada de verdad humana: *«Si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos.»* Mt: 18; 3

En este camino que conduce al espíritu de infancia, un hombre tan simple y tan pacificado como San Francisco de Asís tiene algo que decirnos. Algo crucial y decisivo. Este santo de la Edad Media nos está asombrosamente próximo. Parece haber sentido y comprendido nuestro drama de antemano, él que escribía: «Salve, Reina Sabiduría, que Dios te salve con tu hermana la pura simplicidad.» Sentimos demasiado claro que no puede haber sabiduría para nosotros que somos tan ricos en ciencia sin una vuelta a la pura simplicidad. Pero ¿quién mejor que el pobre de Asís puede enseñarnos lo que es la pura simplicidad?

Es la sabiduría de San Francisco lo que se propone evocar con este tema, su alma, su actitud profunda ante Dios y ante los hombres. Por un lado esta experiencia rezuma sol y misericordia y por otra parte, se hunde en la noche de los grandes desnudamientos. Estos dos aspectos son inseparables.

Este despojo llegó a su cumbre en la crisis gravísima que sacudió a la Orden y que sintió él mismo de una manera extremadamente dolorosa. El desarrollo rápido de la Orden y la entrada masiva de clérigos en la comunidad de hermanos. Esta situación nueva presentaba un difícil problema de adaptación. Los hermanos, en número de seis mil, no podían vivir ya en las mismas condiciones que cuando eran una docena. Por otra parte, nacían necesidades nuevas en el seno de la comunidad, por el hecho de la presencia de numerosos hombres instruidos. Una adaptación del ideal primitivo a las nuevas condiciones de existencia y Francisco tenía perfecta conciencia de ello. Pero se daba cuenta también que entre los hermanos que reclamaban esta adaptación muchos eran empujados por un espíritu que no era el suyo.

Ninguno más consciente que él de la originalidad de su ideal. Se sentía responsable de esta forma de vida que el Señor mismo le había revelado en el Evangelio. Era preciso, sobre todo, no traicionar esta inspiración primera y divina. Además, se debía evitar el tropezar con las legítimas susceptibilidades de sus primeros compañeros; estas almas simples no dejarían de turbarse por innovaciones inconsideradas. La adaptación se presentaba, pues, como una tarea delicada. Pedía mucho discernimiento, tacto y también lentitud.

Estas condiciones no fueron respetadas. Los vicarios generales, a quienes Francisco había confiado el gobierno de la Orden durante su estancia en Oriente, desplegaron una actividad intempestiva. Quemaron etapas. Resultó una crisis muy grave que hubiese podido llegar hasta la ruptura.

Esta crisis fue para Francisco una prueba terrible. Tuvo el sentimiento de fracaso. Dios le esperaba allí. Fue una suprema purificación. Con el alma desgarrada, el pobre de Asís avanzó hacia una desposesión de sí completa y definitiva. A través de la turbación y de las lágrimas iba por fin a llegar a la paz y la alegría. Al mismo tiempo salvaba a los suyos, revelándoles que la forma más elevada de la pobreza evangélica es también la más realista: aquella en que el hombre reconoce y acepta la realidad humana y divina en toda su dimensión. Era el camino de salvación para su Orden: ésta, en lugar de aislarse en una especie de protestantismo antes de la letra, iba a encontrar en el seno mismo de la Iglesia su equilibrio interior y su perennidad.

1ª Reflexión

Se calló un instante y después volvió a decir:

- El Señor nos ha enviado a evangelizar a los hombres, pero ¿has pensado ya lo que es evangelizar a los hombres? Mira, evangelizar a un hombre es decirle: "Tú también eres amado de Dios en el Señor Jesús." Y no sólo decírselo, sino pensarlo realmente. Y no sólo pensarlo, sino portarse con ese hombre de tal manera que sienta y descubra que hay en él algo de salvado, algo más grande y más noble de lo que él pensaba, y que se despierte así a una nueva conciencia de sí.

Eso es anunciarle la Buena Nueva y eso no podemos hacerlo más que ofreciéndole nuestra amistad; una amistad real, desinteresada, sin condescendencia, hecha de confianza y de estimas profundas. Es preciso ir hacia los hombres. La tarea es delicada. El mundo de los hombres es un inmenso campo de lucha por la riqueza y el poder, y demasiados sufrimientos y atrocidades les ocultan el rostro de Dios. Es preciso, sobre todo, que al ir hacia ellos no les aparezcamos como una nueva especie de competidores. Debemos ser en medio de ellos testigos pacíficos del Todopoderoso, hombres sin avaricias y sin desprecios, capaces de hacerse realmente amigos. Es nuestra amistad lo que ellos esperan, una amistad que les haga sentir que son amados de Dios y salvados en Jesucristo.

El sol había caído detrás de los montes y bruscamente había refrescado el aire, el viento se había levantado y sacudía los árboles, era ya casi de noche y se oía subir de todas partes el canto ininterrumpido de las cigarras. (1)

[1] Extraído de "Sabiduría de un pobre", Cap. XII

2ª Reflexión

-¡Hermana agua! -gritó Francisco, acercándose al torrente-. Tu pureza canta la inocencia de Dios. Saltando de una roca a otra, León atravesó corriendo el torrente. Francisco le siguió. Tardó más tiempo. León, que le esperaba de pie en la otra orilla, miraba cómo corría el agua limpia con rapidez sobre la arena dorada entre las masas grises de rocas. Cuando Francisco se le juntó, siguió en su actitud contemplativa. Parecía no poder desatarse de ese espectáculo. Francisco le miró y vio tristeza en su rostro.

-Tienes aire soñador -le dijo simplemente Francisco.

-¡Ay si pudiéramos tener un poco de esta pureza -respondió León- también nosotros conoceríamos la alegría loca y desbordante de nuestra hermana agua y su impulso irresistible!

Había en sus palabras una profunda nostalgia, y León miraba melancólicamente el torrente, que no cesaba de huir en su pureza inaprensible.

-Ven -le dijo Francisco, cogiéndole por el brazo. Empezaron los dos otra vez a andar. Después de un momento de silencio, Francisco preguntó a León:

-¿Sabes tú, hermano, lo que es la pureza de corazón?

-Es no tener ninguna falta que reprocharse -contestó León sin dudar.

-Entonces comprendo tu tristeza -dijo Francisco-, porque siempre hay algo que reprocharse.

-Sí -dijo León-, y eso es, precisamente, lo que me hace desesperar de llegar algún día a la pureza de corazón.

-¡Ah!, hermano León, créeme -contestó Francisco-, no te preocupes tanto de la pureza de tu alma. Vuelve tu mirada hacia Dios. Admírale. Alégrate de lo que Él es, Él, todo santidad. Dale gracias por Él mismo. Es eso mismo, hermanito, tener puro el corazón. Y cuando te hayas vuelto así hacia Dios, no vuelvas más sobre ti mismo. No te preguntes en dónde estás con respecto a Dios. La tristeza de no ser perfecto y de encontrarse pecador es un sentimiento todavía humano, demasiado humano. Es preciso elevar tu mirada más alto, mucho más alto. Dios, la inmensidad de Dios y su inalterable esplendor. El corazón puro es el que no cesa de adorar al Señor vivo y verdadero. Toma un interés profundo en la vida misma de Dios y es capaz, en medio de todas sus miserias, de vibrar con la eterna inocencia y la eterna alegría de Dios. Un corazón así está a la vez despojado y colmado. Le basta que Dios sea Dios. En eso mismo encuentra toda su paz, toda su alegría y Dios mismo es entonces su santidad.

-Sin embargo, Dios reclama nuestro esfuerzo y nuestra fidelidad -observó León.

-Es verdad -respondió Francisco-. Pero la santidad no es un cumplimiento de sí mismo, ni una plenitud que se da. Es, en primer lugar, un vacío que se descubre, y que se acepta, y que Dios viene a llenar en la medida en que uno se abre a su plenitud. Mira, nuestra nada, si se acepta, se hace el espacio libre en que Dios puede crear todavía. El Señor no se deja arrebatar su gloria por nadie. Él es el Señor, el Único, el Solo Santo. Pero coge al pobre por la mano, le saca de su barro y le hace sentar sobre los príncipes de su pueblo para que vea su gloria. Dios se hace entonces el azul de su alma. Contemplar la gloria de Dios, hermano León, descubrir que Dios es Dios, eternamente Dios, más allá de lo que somos o podemos llegar a ser, gozarse totalmente de lo que Él es. Extasiarse delante de su eterna juventud y darle gracias por Sí mismo, a causa de su misericordia indefectible, es la exigencia más profunda del amor que el Espíritu del Señor no cesa de derramar en nuestros corazones, y es eso tener un corazón puro, pero esta pureza no se obtiene a fuerza de puños y poniéndose en tensión.

-¿Y cómo hay que hacer? -preguntó León.

-Es preciso simplemente no guardar nada de sí mismo. Barrerlo todo, aun esa percepción aguda de nuestra miseria; dejar sitio libre, aceptar el ser pobre; renunciar a todo lo que pesa, aun el peso de nuestras faltas; no ver más que la gloria del Señor y dejarse irradiar por ella. Dios es, eso basta. El corazón se hace entonces ligero, no se siente ya el mismo, como la alondra embriagada de espacio y de azul. Ha abandonado todo cuidado, toda inquietud. Su deseo de perfección se ha cambiado en un simple y puro querer a Dios.